

EDUCACIÓN EN LÍNEA

5 CLAVES PARA EL DEBATE

Manfred Svensson
Investigador senior IES



EDUCACIÓN EN LÍNEA

5 claves para el debate

- 1** La educación en línea debe evaluarse no solo atendiendo a criterios de eficiencia, sino también considerando las múltiples relaciones que afecta: entre alumnos y profesores, entre ellos y la administración universitaria, y entre distintos grupos de académicos.
- 2** La tarea educativa no consiste en una mera transmisión de información, como si se tratara de una actividad productiva cualquiera, sino en una acción humana que da origen a un mundo compartido.
- 3** La pregunta por la educación en línea debe atender tanto el vínculo entre alumnos y profesores como el impacto de esta modalidad en la relación entre los alumnos en la formación disciplinar.
- 4** Los instrumentos a los que se recurre en la educación no son indiferentes, sino que determinan de modo decisivo la naturaleza del aprendizaje.
- 5** La capacidad de gobernar la tecnología es condición fundamental para integrarla de modo fructífero en la educación.

“El crecimiento de la educación en línea suele ser descrito como algo inevitable. En lugar de hablar de tal inevitabilidad, debemos reconocer su enorme fuerza, pero al mismo tiempo no deberíamos renunciar a gobernarla”.

Introducción

Que la tecnología contemporánea está transformando radicalmente la educación no constituye una novedad para nadie. El confinamiento producto de la pandemia derivada del nuevo coronavirus ha llevado, con todo, a que colegios y universidades se vean obligados a acelerar y masificar dicho proceso. Las circunstancias evidentemente lo exigían, y el presente texto no cuestiona el modo en que se ha respondido a esta necesidad momentánea. Pero la fuerte presencia de la tecnología en este periodo naturalmente inclina a muchas instituciones a considerar un aumento en el uso de estos medios hacia el futuro, y voces entusiastas las animan a efectivamente hacerlo: prometen una democratización mayor en el acceso a la educación, costos menores tanto para las universidades como los estudiantes, y una reducción importante en los tiempos de traslado que tanto condicionan la vida de las grandes ciudades, entre otras eventuales ventajas.

La envergadura de los cambios que esto traería consigo obliga a una detenida reflexión sobre los bienes que están en juego, ánimo reflexivo que suele estar ausente en los llamados acelerados a la adaptación y la innovación. En el presente documento no buscamos, pues, ofrecer sugerencias sobre los múltiples modos en que se puede mejorar la experiencia de las clases en línea. Se trata, más bien, de considerar el conjunto del fenómeno (limitándonos a la educación superior) para atender con la debida distancia crítica al modo en que todo esto afecta al sistema educativo y a nuestra comprensión misma de qué es la educación. Esto

se inserta, por cierto, en una preocupación mayor respecto del peso de la racionalidad instrumental en la vida de las universidades: quienes promueven el tránsito hacia modelos híbridos de universidad o la transformación digital de toda la experiencia universitaria pueden ser apenas un puñado de personas; sus palabras caen, sin embargo, en un terreno muchas veces ya inclinado a seguir tal lógica sin mayor cuestionamiento.

1. La educación en línea en contexto

Las discusiones sobre la educación en línea, sus ventajas y sus riesgos, no se dan en el vacío. Surgen en el contexto de un sistema universitario con dificultades de distinto orden, en medio de otros muchos problemas del país (con la “brecha digital” como un aspecto más de la desigualdad) y en un escenario de ingenua confianza en el tipo de mundo que el desarrollo tecnológico inevitablemente implicaría. Sus promotores tienen razón acerca de algunos aspectos puntuales en los que la educación a distancia trae cierto alivio, como el ejemplo manifiesto del traslado dentro de grandes urbes. Pero tales observaciones deben ser complementadas con otras múltiples relaciones y circunstancias que caracterizan a la educación.

Comencemos por notar el hecho elemental de que la educación en línea se presenta hoy en el marco de un vínculo —muchas veces deteriorado— entre alumnos y profesores. Este fenómeno está lejos de ser universal, pero constituye un

¹ Doctor en filosofía de la Universidad de Múnich, investigador senior del IES y director del Instituto de Filosofía de la Universidad de los Andes (Chile).

hecho extendido. En ese deterioro confluyen un conjunto de factores, que van desde abusos reales por parte de profesores hasta brechas generacionales importantes y visiones victimistas que han ganado fuerza en los campus universitarios². Sin embargo, el hecho es que el quiebre de confianzas ha dañado la relación fundamental de la educación, y urge recomponerla. La pregunta respecto de la educación a distancia salta a la vista: ¿permite la masificación de este tipo de educación reparar ese vínculo o se intenta más bien disimular las tensiones existentes por medio del distanciamiento?

En segundo lugar, podemos considerar la relación entre los profesores y la administración universitaria. Cabe señalar que se trata de una relación fundamental, típicamente preservada por el hecho de que la administración misma se componía de profesores. En la universidad contemporánea, no obstante, la decreciente presencia de académicos en el gobierno universitario se ha convertido en un fenómeno común y su cruce con la educación en línea puede ser relevante³. Como subrayara dos décadas atrás David Noble, con la educación a distancia la administración universitaria adquiere un control mucho más sustantivo sobre el modo en que cada curso es realizado⁴. Esto no implica asumir la imagen de una administración hostil a la libertad de los profesores. Una administración preocupada por satisfacer las peculiares características de la educación en línea, como una mayor uniformidad para poder llegar a públicos distintos, puede tender a usar los múltiples mecanismos que esa misma forma de educación pone a su disposición para intervenir en el

trabajo docente. El centro físico de la educación ya no será la sala de clases —un espacio que siempre guarda cierta independencia respecto de las planificaciones centrales—, sino una serie de materiales más o menos disponibles para inspección y que se desligan además de sus creadores.

En tercer lugar, es preciso notar el modo en que ciertas brechas entre profesores —y también entre universidades— constituyen otro asunto a tener presente. Si la educación en línea promete una reducción de costos, es justamente porque se cree que cierto número de profesores se vuelve superfluo. Se puede, por ejemplo, tener un profesor estrella dictando clases en línea a alumnos de todo el país, mientras tutores menos calificados apoyan el proceso en cada sede de una institución. Para los alumnos, esto puede significar que su interacción se limite a aquellos profesores que, llenando sus horarios con la instrucción en línea, tienen menos posibilidad de estar a la vez involucrados en la investigación. De paso, se crea (o agudiza) la existencia de dos clases entre los profesores. Estas divisiones pueden darse dentro de una universidad, pero también pueden intensificar la división ya existente entre distintas casas de estudio: habrá instituciones que continúen entregando la experiencia completa de la universidad y otras que ofrezcan solo docencia en línea. La radical diferencia entre ellas puede ser fácilmente discernida por familias que ya cuentan con la experiencia académica, pero resulta opaca para quienes se abren a un primer encuentro con la educación superior. La promesa de una menos costosa educación en línea nos conduce, en realidad, a un escenario que puede

2 Al respecto puede verse Jason Manning y Bradley Campbell, *The Rise of Victimhood Culture: Microaggressions, Safe Spaces, and the New Culture Wars* (Nueva York: Palgrave MacMillan, 2018) y Johanthan Haidt y Greg Lukianoff, *Malcriando a los jóvenes estadounidenses* (Santiago: FFP, 2019). En la discusión local véase, por ejemplo, Pedro Gandolfo, "Tiempo de filósofos", *El Mercurio*, 30 de mayo de 2020.

3 Este problema fue ya tempranamente notado detectado por Robert Nisbet, *The Degradation of the Dogma. The University in America, 1945-1970* (Nueva York y Londres: Basic Books, 1971), 41-59. Para una discusión más reciente, véase Benjamin Ginsberg, *The Fall of the Faculty* (Oxford: Oxford University Press, 2013).

4 David Noble, "Digital Diploma Mills: The Automation of Higher Education", *First Monday* 3 (1998): 1-5.

profundizar la segregación en la educación superior⁵.

2. La educación como acción y como mundo

Los problemas que hemos tocado hasta aquí sugieren ya abundantes razones para mirar con cautela la educación en línea. Estas razones tienden a ser ignoradas, sin embargo, porque la educación se comprende, en muchos casos, nada más que como transmisión de información. Como Uber transporta cosas y personas, como Netflix transmite imágenes, así la educación en línea llevaría información desde quienes la poseen a quienes la desean o necesitan. Ya sería hora, entonces, de que eso se haga con la misma eficiencia que los otros servicios. Cuando un promotor de la educación en línea se queja de la “por siglos estancada productividad” docente, se puede ver con claridad el problema que enfrentamos⁶: si solo estamos ante transferencia de información, la educación tendría que haber evolucionado como otros tipos de “industrias”. Su “productividad” estaría estancada y hoy tendríamos una oportunidad para ponernos al día.

Todo depende, entonces, de que capturemos si efectivamente la educación consiste solo en tal traspaso de información, o si se trata de algo más. Naturalmente debemos comenzar por notar que, en parte, consiste efectivamente en tal transmisión y que —dado el lugar que esta ocupa—, no es extraño que parte de la misión educativa pueda ser cumplida en línea. La pandemia, después de todo, no significó el total descalabro que habría traído consigo para las universidades si su función solo fuese traspasar información. Pero si la educación es transmisión, debemos subrayar que rara vez es mera información lo que se transmite.

Para captar los límites de la comparación con otras actividades conviene observar que la educación no es una actividad productiva, sino que pertenece al género de la acción humana. En el pensamiento occidental esta distinción entre producción y acción ocupa un lugar fundamental, pues en las actividades productivas la relación entre medios y fines tiene un carácter distinto que en la acción: cuando se encuentran medios mejores para alcanzar un fin, los medios previos con frecuencia pueden desecharse. En la acción, en cambio, es más difícil disociar los medios de los fines. Uno puede describir la amistad como parte de la felicidad, pero no como un medio para la felicidad que pueda, eventualmente, ser cambiado por otros medios. Por lo mismo, es absurdo esperar que la acción humana experimente el mismo tipo de progresos que la producción humana. En este sentido, la educación es como la ética y la política: se trata aquí no de un proceso ascendente, sino de la respuesta a dilemas recurrentes. Comprender esta diferencia es una primera condición para saber qué lugar asignar a la educación en línea. No hay una “estancada productividad docente”, precisamente porque estamos ante acción y no producción (*praxis* y no *poiesis*, como ya los griegos habían distinguido).

Esa acción genera también un tipo específico de mundo. Como hemos visto, es un mundo que en recientes décadas ha estado sometido a fuerte tensión, pero que cuenta también con recursos para recomponerse. Para ello es fundamental, con todo, reconocer el mundo propio o cultura que constituye. La sala de clases consiste en una realidad compartida y creada por un tipo de interacción muy distinta de la que puede darse en forma en línea. Toda cultura requiere, en efecto, de un espacio particular para desarrollarse, y en toda cultura sigue siendo relevante el encuentro

⁵ Por otro lado, bien puede ocurrir que el alto costo de las universidades sea percibido como más escandaloso aún si la educación pasa a ser en línea. Para algunas observaciones pertinentes en esta dirección véase Shawn Hubler, “As Colleges Move Classes Online, Families Rebel Against the Cost”, *New York Times*, 15 de agosto de 2020, <https://www.nytimes.com/2020/08/15/us/covid-college-tuition.html?action=click&module=Top%20Stories&pgtype=Homepage>

⁶ Patricio del Sol, “La oportunidad para las universidades”, *El Mercurio*, 18 de mayo de 2020.

cara a cara⁷. Ese encuentro admite muchas variaciones en su forma, y las modalidades actualmente existentes siempre pueden exigir revisión. Pero hay una tendencia apresurada a juzgar sobre el conjunto de lo que hacemos hoy como si constituyera una “educación tradicional” (cuya naturaleza nunca se especifica) que debe ser superada. La educación en línea no fue la primera en levantar dicha crítica, pero en parte se alimenta de perpetuarla⁸.

3. Una preocupación de alumnos y profesores

De la queja que acabamos de nombrar emerge la idea de que solo son profesores retrógrados, o una tendencia naturalmente conservadora de las universidades, lo que ha impedido hasta ahora el despegue de la educación en línea. Pero si algo ha hecho notar la pandemia es el enorme interés de los propios alumnos por preservar la educación presencial, esa práctica y ese mundo que ellos contribuyen a gestar de modo particularmente significativo.

Este punto no tiene nada de trivial: la relación entre los alumnos no es un aspecto accesorio de la educación, y los espacios de la educación presencial pueden ser un importante igualador de condiciones. A raíz de la pandemia se han impulsado múltiples planes de apoyo para proveer a todos los estudiantes de acceso a internet; pero la brecha digital no solo sigue siendo muy considerable, sino que también, al margen de ella, deben recordarse las muy distintas condiciones de estudio que cada hogar puede proveer (en términos de espacios

adecuados, pero también en lo que se refiere a capacidad de contención y apoyo).

Por lo demás, la ausencia del contacto personal no solo tiene el riesgo de ampliar las ya enormes brechas sociales en el acceso a la mejor educación, sino también de incrementar la distancia entre alumnos con distintas capacidades. Los alumnos que además de contar con adecuados espacios de trabajo también poseen una gran capacidad de estudio y autogobierno naturalmente aventajarán aún más a quienes carecen de estas condiciones. Hay, en efecto, quienes tienen una mayor necesidad del entorno físico de las universidades y de ser empujados positivamente por quienes los rodean, para alcanzar así la disposición adecuada. Si ese ambiente se disuelve, resulta evidente que muchos dejarán de tener una formación que estaría a su alcance en condiciones normales. Los efectos sobre la deserción universitaria son bien previsibles.

En efecto, no debemos ser ciegos acerca de las numerosas quejas justificadas que han surgido ante la educación en línea: la distancia física se traduce fácilmente en desapego, la atención a las circunstancias específicas de un estudiante se vuelve más improbable, la soledad puede aumentar la sensación de sobrecarga. Si hemos cobrado creciente conciencia de los riesgos de estar días completos ante una pantalla, esos riesgos no disminuyen por estar involucrados en actividades educativas (problema que, desde luego, se extiende a alumnos tanto como a profesores). Después de todo, aquello que ha sido ideado como un complemento, y no como un sustituto de la actividad presencial, no puede sino presentar tales consecuencias al ampliarse indiscriminadamente su uso.

7 Para una reflexión reciente desde la obra de Arendt véase Emma Planinc, “Learning must not stay online”, <https://medium.com/@eplaninc/learning-must-not-stay-online-becideboeefg>

8 Así ocurre incluso entre quienes afirman estar huyendo del “solucionismo tecnológico”. Véase, por ejemplo, la referencia a unas jamás definidas “prácticas obsoletas” en Hugo Pardo Kuklinski y Cristóbal Cobo, *Expandir la universidad más remota más allá de la enseñanza remota de emergencia. Ideas hacia un modelo híbrido post-pandemia*, (Barcelona: Outliers School, 2020), 9, https://outliersschool.net/wp-content/uploads/2020/05/Expandir_la_universidad.pdf

4. Los medios de la educación

La educación, como hemos visto, es un tipo de acción humana sumamente singular, no un tipo de fabricación. Si comprendemos este hecho, se sigue de modo natural que hay que prestar cuidadosa atención a los medios usados en ella, por ser extremadamente sensible a los cambios de registro entre oralidad, escritura y virtualidad. Como educador se puede estar abierto a elementos de cada uno de esos registros, pero no cabe tratar ingenuamente los distintos instrumentos como si fueran neutros.

A veces se afirma que campos como la comunicación, que tampoco constituyen un caso de fabricación, ya han experimentado este cambio. Así, gracias a la transformación digital de las comunicaciones se puede celebrar la mayor disponibilidad de noticias, los variados contenidos multimedia, la multitud de fuentes que se suman al trabajo del periodista profesional y muchos otros tipos de interacción derivados de este nuevo escenario. Así, algunos han señalado que precisamente este es el modelo para la educación en línea⁹. Pero apenas puede haber un ejemplo más elocuente de las preocupantes consecuencias que acompañan a las ventajas: las promesas de democratización han terminado en el crecimiento de un puñado de corporaciones monopólicas, y la promesa de libre circulación de la información ha implicado un reino de noticias falsas, la sobreexposición a material que ya nos resulta afín y fórmulas cuyo principal valor no es la verdad, sino su potencial de viralización¹⁰.

Importa entonces considerar estos medios no solo en términos de simple efectividad, sino también según el tipo de experiencia que engendran. El libro como material impreso ampliamente disponible también constituyó una revolución

tecnológica, pero se trata de un medio que, entre otras cosas, forma la capacidad de atención. Un libro no es un mero soporte para transmitir información, que pueda ser reemplazado por otros medios equivalentes. Un libro y una pantalla ofrecen experiencias que pueden ser radicalmente distintas. Las exigencias, concentración y el carácter sostenido de la lectura suponen una experiencia que algunos soportes electrónicos pueden, por cierto, emular, pero que otros medios reemplazan por la experiencia opuesta: el despliegue de menús, alternativas infinitas, ausencia de ritmo establecido, etc.

En la educación en línea se observa con claridad este problema: quienes la defienden con ahínco afirman con razón que no puede simplemente trasladarse todo el contenido de la educación presencial a un formato en línea. Un amplio elenco de recursos aparece, en efecto, como necesario, con ejercicios, foros, autoevaluaciones y otros elementos sumándose al material grabado o transmitido. Pero rara vez se presta la debida atención a los riesgos de dispersión que trae consigo esta avalancha de medios. La idoneidad de tales recursos debe evaluarse, desde luego, según el campo del saber en el que son utilizados, pero como tendencia general constituyen una experiencia radicalmente distinta de la lectura y la conversación que han permitido la educación en la historia de Occidente.

Notemos, por último, los diferentes efectos que la presencialidad y la virtualidad tienen sobre la adaptación de la educación a públicos específicos. Una lección presencial inevitablemente cambia de año a año, adecuándose al carácter de un grupo, a los conocimientos que los alumnos revelan poseer e incluso al espíritu o ambiente de un día determinado. El entusiasmo por la educación en línea, en cambio, vive en

9 Bharat Anand, "The coronavirus allows us to reimagine the college experience", *Boston Globe*, 8 de junio de 2020, <https://www.bostonglobe.com/2020/06/08/opinion/coronavirus-allows-us-reimagine-college-experience/?event=event25>

10 Juan Ignacio Brito, "Noticias falsas en la era del ciberpesimismo", *Punto y coma* 3 (2020): 116-120, <https://www.ieschile.cl/2020/06/noticias-falsas-en-la-era-del-ciberpesimismo/>

buena medida de la ilusión de poder llegar con un mismo mensaje a todos. Esto puede tener pretensiones modestas, como el afán de vender un mismo curso a distintos tipos de industrias o asociaciones (con una clase que, tras ser grabada, puede usarse por años). Puede también estar arraigado en un sueño cosmopolita: lograr extender un discurso a todo el mundo sin abandonar siquiera las ciudades del occidente moderno¹¹. Pero en cualquiera de estos casos, una mayor uniformidad acompaña al formato de modo implacable. Ante ese hecho es importante recordar que la eficiencia y la estandarización pueden tener lugar en la educación, pero se las debe mirar con extrema atención por aquello que puede perderse si se les asigna una centralidad que no les corresponde.

5. Gobernar la tecnología

El interés por la educación en línea no tiene, desde luego, por qué estar anclado en las más radicales versiones del fundamentalismo tecnológico. Pero conviene tener presente que dichas versiones existen y que cuentan con abundantes entusiastas. A cada rubro, cree esta mentalidad, le llega la hora de su Amazon o su Uber, la irrupción de una fuerza avasalladora que, en un proceso de destrucción creativa, acaba con los actores que antes conocimos. Mediante la innovación y la captación del momento correcto, una plataforma tal puede instalarse como poder dominante en un campo, llevándose la desproporcionada “tajada” del correspondiente mercado, así como lo hiciera una plataforma como Netflix.

Cabe notar que, en educación, un fenómeno como este constituiría una transformación incluso más radical que en los otros campos. Una de sus consecuencias sería la clara pérdida del

vínculo local. ¿Por qué habría uno de matricularse en una universidad regional si un gigante global de la educación en línea nos puede proveer una educación de mayor prestigio que la institución local?¹² Junto con esta consideración vale resaltar el modo en que un fenómeno así acabaría con el delicado equilibrio que a duras penas garantiza el pluralismo en el sistema universitario. En Chile, como en otros lugares, el pluralismo está dado no solo por la existencia de múltiples visiones dentro de cada universidad, sino también por la existencia de un entramado de instituciones distintas que permiten la subsistencia de tradiciones de pensamiento con profundas diferencias. El escenario de gigantes globales de la educación en línea difícilmente podrá crear condiciones que preserven esta vitalidad y pluralidad.

A lo anterior alguien podría objetar que esta prevención es absurda: que la creciente virtualidad de la universidad no contiene el germen de ninguna transformación así de temible. Sin embargo, que ello ocurra o no depende, precisamente, de la disposición crítica o acrítica con que la tecnología sea incorporada. Si nos remontamos dos siglos atrás podemos encontrar importantes lecciones. Hacia el ocaso del siglo XVIII, en efecto, ya surgían discusiones del tipo que enfrentamos hoy. Con el conocimiento ya disponible en enciclopedias, revistas y diccionarios, la tradicional institución universitaria comenzó a ser descrita como obsoleta. Hay una gran distancia entre la tecnología en cuestión —la palabra impresa— y la educación en línea de hoy, pero en ambos casos tenemos una tecnología que promete más eficiencia y acceso, pero al costo de que el conocimiento se independice de una comunidad concreta. Y este trasfondo merece ser considerado precisamente porque es en respuesta a esa crítica que surgió la moderna universidad de

11 Donald Verene, “Does Online Education Rest on a Mistake?”, *Academic Questions* 26, 3 (2013): 296-307, 298.

12 Thierry Ways, “El Amazon de la universidad”, *El Tiempo*, 13 de mayo de 2020, <https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/thierry-ways/el-amazon-de-la-universidad-columna-thierry-ways-495146>

investigación a principios del siglo XIX. Dicho proyecto se caracterizó, entre otras cosas, por incorporar estas tecnologías y el alud de información circundante, pero gobernándolas y mostrando su lugar en una práctica, en una relación de maestros y discípulos, en la formación de un hábito científico antes que una información científica¹³.

Este trasfondo resulta iluminador para la situación presente. El crecimiento de la educación en línea suele ser descrito como algo inevitable. “Es un hecho que la educación en línea es el futuro y que en el futuro indudablemente va a reemplazar la educación anclada a la tierra”¹⁴, afirma una reciente contribución en *Forbes*. En lugar de hablar de tal inevitabilidad, debemos reconocer su enorme fuerza, pero al mismo tiempo no deberíamos renunciar a gobernarla. El impacto de esta nueva realidad ciertamente variará según disciplinas, pero no hay razón para presentarla como una fuerza simplemente incontenible ni como elemento definitorio de la “universidad del futuro”. Durante la pandemia, la educación en línea ha permitido salvar lo que pudo haber sido un año completamente perdido y, entre las consecuencias de ese hecho, no sería extraño que

esta tenga mayor presencia en el futuro. Los efectos de ese fenómeno, sin embargo, serán muy distintos si se deja que las universidades sean determinadas por una lógica ajena o, en cambio, si la propia universidad es capaz de integrarlos y gobernarlos dentro de su propia tradición.

La diferencia entre ser gobernados por la tecnología y gobernarla no es trivial. Podemos ilustrarla considerando el lugar que cada una de esas mentalidades asignará a los profesores en la decisión sobre el alcance de la educación en línea. Si evaluamos cada tecnología en base al modo en que puede integrarse en una práctica educativa, los primeros jueces sobre esto deberán ser naturalmente los profesores (en parte, desde luego, por el diferente papel que la tecnología puede desempeñar en distintas disciplinas). Cuando, en lugar de eso, se enfrentan estos temas como un caso de modernización inevitable, la decisión se sustrae a los profesores para volverse una pregunta respecto de cuán vanguardista quiere ser cada institución. Como los promotores de la educación en línea venden su producto para instituciones completas, este punto está lejos de ser secundario.

13 Para una síntesis véase Chad Wellmon, “Revolution U” en <https://www.cardus.ca/comment/article/revolution-u/>. Para una discusión extensa: Wellmon, *Organizing Enlightenment. Information Overload and the Invention of the Modern Research University* (Baltimore: Johns Hopkins University, 2015).

14 Ilker Koksak, “The Rise of Online Learning”, *Forbes*, 2 de mayo de 2020, <https://www.forbes.com/sites/ilkerkoksak/2020/05/02/the-rise-of-online-learning/#4fco077572f3>

Cómo citar este documento:

Manfred Svensson, “Educación en línea”, *Claves para el debate* n°2 (diciembre de 2020).

ÚLTIMAS “CLAVES PARA EL DEBATE”

NUEVA EUGENESIA 5 claves para el debate

Catalina Siles V.

UNIVERSIDADES, PLURALISMO Y SENTIDO PÚBLICO 6 claves para el debate

Pablo Ortúzar M.

LIMITACIONES Y AMENAZAS A LA LIBERTAD DE EDUCACIÓN 4 claves para el debate

Claudio Alvarado R.

LOS NIÑOS INVISIBLES DEL SENAME 6 claves para el debate

Catalina Siles V.

OBJECCIÓN DE CONCIENCIA INSTITUCIONAL 4 claves para el debate

Claudio Alvarado, Fernando Contreras y Manfred Svensson

TRIBUNAL CONSTITUCIONAL EN LA MIRA 5 claves para el debate

Fernando Contreras S.

POPULISMO 4 claves para el debate

Josefina Araos B.

MIGRACIÓN EN CHILE 5 claves para el debate

Guillermo Pérez C.

EUTANASIA Y BUEN MORIR 5 claves para el debate

Constanza Richards Y.

DESCENTRALIZACIÓN Y GOBERNADORES REGIONALES 5 claves para el debate

Guillermo Pérez C.